



PAPIROS *de* Crítica Dialéctica

• • • • •



número 9 (diciembre 2023) - number 9 (dicember 2023)

Democracia, neoliberalismo y rebeliones **Un ejercicio de análisis de la renovada lógica del** **capital y el ciclo de rebeliones consecuentes**

por Guido Galafassi¹

De la revolución a la democracia

En las postrimerías de los años 70, el entonces intelectual cercano a la teoría de la dependencia Fernando Enrique Cardoso aceptó la irreversibilidad del desarrollo dependiente y la posibilidad de compatibilizarlo con la democracia

representativa. A partir de ahí, según el autor, la tarea democrática se convertía en un objetivo central contra un Estado autoritario, apoyado sobre todo en una "burguesía de Estado" que sustentaba el carácter corporativo y autoritario del mismo. Según él, los enemigos de la democracia no serían, por lo tanto, el capital internacional y su política

¹ Investigador Principal CONICET, Director GEDIACH – Grupo Latinoamericano de Estudios sobre Dialéctica y Lucha de Clases

monopolista, captadora y expropiadora de los recursos generados en nuestros países. Los verdaderos enemigos serían el corporativismo y una burguesía burocrática conservadora que, entre otras cosas, limita la capacidad de negociación internacional de un país dentro de un nuevo nivel de dependencia generado por el avance tecnológico y por la nueva división internacional del trabajo que se esbozó en la década de 1970, como resultado de la reubicación de la industria mundial.

Luego de un duro y muy feroz ciclo de dictaduras y gobiernos conservadores que en los años '70 y '80 se encargaron de poner orden generando la transición hacia un nuevo modo de acumulación asentado en la reprimarización y la valorización financiera, toda América Latina se fue enfrentando gradualmente a un proceso de decaimiento del fervor más radical de cambio social e ideológico, quedando solo algunas experiencias de liberación, como la continuación de la guerrilla en El Salvador hasta entrado los años '90, el conflicto armado en Colombia y la culminación del proceso rebelde en Nicaragua que finalmente logró su cometido derrocando la dictadura títere de Somoza e instaurando una experiencia que se diferencia de toda revolución anterior. Desde sus orígenes el objetivo apuntaba a la "liberación nacional" más que a la construcción de alguna variante de socialismo. Esto incluía un plan de desarrollo económico y social a partir de la puesta en marcha de un aparato

productivo en donde el Estado dictaba el camino en una estructura económica en donde la burguesía conservaba parte de su poder económico y político. La premisa fundamental fue integrar el total de la población a la satisfacción de las necesidades básicas, por largas décadas excluida, intentando zanzar a su vez la abismal brecha entre ricos y pobres. Además del grave y permanente ataque de la contrarrevolución apoyada firmemente desde fuera por los Estados Unidos y desde dentro por los sectores burgueses, el proceso sandinista no pudo dar cuenta de las contradicciones que generaba estar a medio camino. Las dificultades se sucedieron al dejar intactos, en términos de capacidad de operación, a las clases sociales que manejaban la economía; y al ser también incapaces de enfrentar las diversas controversias que generaban la presencia de pueblos originarios portadores de una cultura diferente. Todo esto generaba una serie de conflictividades en base a contradicciones diversas, algunas con base en la contradicción capital-trabajo pero largamente mediada y sobredeterminada por muchas otras, y las demás por contradicciones histórico-culturales, que por cierto el Sandinismo no supo tratar. Es así que el Sandinismo solo fue cumpliendo parcialmente algunos de sus objetivos para finalmente tener que dejar el poder cuando en el juego de la democracia representativa perdieron la elección a manos del partido que representaba justamente los intereses de la burguesía.



Neoliberalismo

Mientras en Nicaragua y El Salvador los movimientos guerrilleros muñidos de alguna estrategia de cambio social daban sus últimas batallas, en el resto del subcontinente y al compás de las "revoluciones" neoconservadoras de Ronald Reagan y Margaret Tachter, el llamado modelo neoliberal (o neoconservador) se iba imponiendo a través de un complejo juego de coerción y consenso, de tal manera que para los años '90 la mayoría de la población clamaba por las recetas de liberalización de la economía y abandono de toda práctica "estatista".

Hay acuerdo respecto a que los preludios del neoliberalismo – en el marco de la coyuntura mundial- los podemos encontrar en el proceso político-económico gestado en Gran Bretaña en los años '80 como epílogo de la larga crisis del modelo socialdemócrata europeo representado en este caso por el histórico laborismo. Las medidas del gobierno conservador de Margaret Thatcher han traído aparejada concepciones ideológicas (cuyas matrices teóricas) se materializarían en los primeros ensayos latinoamericanos. La contracción de la emisión monetaria, la elevación de las tasas de interés, el descenso de los controles sobre los flujos financieros han devenido en el lógico crecimiento del desempleo, que se tornó masivo. El intento de Ronald Reagan presentó matices un tanto diferentes: medidas de fuerte tendencia neoliberal se implementarían en nombre de la competencia (militar y económica) con la URSS en el marco de la Guerra Fría. Toda instrumentación económica sería válida si constituía un mecanismo para quebrar de forma definitiva la economía soviética. Las revoluciones conservadoras han significado un severo disciplinamiento fiscal, pero también ideológico, en favor de los sectores concentrados y portadores del poder político-económico.

Este ritmo político ideológico claramente conservador se expresó abiertamente a través de la Sociedad de Mont Pelerin,

cuyos integrantes (Karl Popper, Milton Friedman, Michael Polanyi y Walter Eukpen, junto con entidades financieras como el FMI y el Banco Mundial), sostenían como requisito necesario iniciar un proceso de desmantelamiento de las funciones interventoras del Estado – desestatización- (Murillo, 2019). En este sentido, América Latina representó una suerte de escenario experimental en el proceso de instauración de regímenes neoliberales (Anderson, 1997). Las primeras experiencias del modelo neoliberal han sido aplicadas por el gobierno dictatorial chileno, (a partir de 1973); el cual se caracterizó por una férrea ortodoxia y adscripción a los postulados liberales. Esto se tradujo en una extrema liberalización de las importaciones, reformas estructurales del sistema financiero y apertura comercial hacia el exterior. Estas políticas recesivas han devenido en la elevación del índice del desempleo, disminución de los salarios, cierre de empresas estatales etc. El neoliberalismo chileno se adelantaría una década a las medidas que, de forma ulterior, implementarían los teóricos de la "Revolución conservadora". Por cierto, que además de esto, la dictadura de Pinochet se dedicó a aniquilar toda el irrupción progresista y hasta revolucionario de los años previos que llevaron a Allende a la presidencia. De esta forma, toda resistencia fue aniquilada y bajo la fuerte represión de las dictaduras de los años '70 y '80 las protestas casi no existieron, ahogando así todo antagonismo bajo la amenaza y la práctica constante del terrorismo de Estado. Un ensayo posterior se puede identificar en el intento democrático boliviano (gobierno de Víctor Paz Estenssoro) quien a mediados de la década del 80 implementó reformas en funciones claves del Estado, con el fin (desde el punto de vista discursivo) de controlar la hiperinflación. El elemento que representa una variante en este doble proceso comparativo, radica en que el modelo boliviano no constituía un sistema dictatorial sino uno de los primeros ensayos de instauración de gobiernos democráticos, pero con un claro tinte conservador. Estos dos modelos

representan el mojón histórico, el origen y punto de partida para la cristalización de gobiernos netamente aperturistas cuyos modelos más representativos se pueden identificar en la presidencia de Salinas de Gortari en México (1988); Carlos Menem en Argentina (1989) y Carlos Andrés Pérez en Venezuela (1990). Estos últimos, sí tuvieron que enfrentar una serie diversa de conflictos y protestas de diversos sectores que o bien se vieron directamente involucrados o bien también poseían algún bagaje político-cultural de enfrentamiento con el modelo. Vale acotar que estas protestas nunca fueron del todo relevantes ni en su extensión ni en su impacto, por cuanto la mayoría de la ciudadanía avalaba estas experiencias de gobierno, tanto como que, no huelga repetirlo, fueron experiencias democráticas, es decir gobiernos elegidos por la mayoría y nunca cuestionados por las mayorías.



La implementación del neoliberalismo en América Latina vino de la mano con importantes cambios en el modo de acumulación, echando definitivamente por tierra la etapa sustitutiva de importaciones y reimplantando al subcontinente, básicamente como un oferente de recursos naturales en donde

nuevos o renovados capitales pasaron a hegemonizar el proceso de transformación. La hegemonía económica implica necesariamente una *dimensión organizacional*. No hay producción de hegemonía sin desarrollo de instituciones o aparatos que permitan la práctica y estructuración de la dominación económica. No obstante, los clásicos parámetros de dominación económica y sociopolítica se presentaron más difusos, de manera tal que los sujetos colectivos y su accionar, en el marco de los conflictos sociales del continente, adquieran un sinnúmero de particularidades. En la extensa y compleja historia latinoamericana hemos observado que el monopolio de la coerción ha respondido a la necesidad de mantener un orden social (siempre respaldado por cierto grado de consenso) que pivoteo entre gobiernos democráticos (vigilados) y dictaduras militares. Sin embargo, los ensayos democráticos que siguen a los gobiernos dictatoriales, además de lograr una continuidad inusitada (salvo algunos casos como el de Venezuela, Paraguay, Honduras y Bolivia que igualmente sufrieron golpes "civiles") radicalizarían la función de dominación-hegemonía vía el consenso, sin nunca obviamente desatender los útiles mecanismos de la coerción que quedaron fundamentalmente reservados a través del uso de fuerzas policiales-militares para la represión de conflictos y protestas focalizadas.

Para el paradigma neoliberal, la tarea democrática se convertía en un objetivo central contra un Estado autoritario, apoyado sobre todo en una "burguesía de Estado" que sustentaba el carácter corporativo y autoritario del mismo. Muy lejos de las tesis dependentistas que postulaban que los enemigos de la democracia fueron históricamente el capital internacional y su política monopolista y expropiadora de los recursos generados en los propios países latinoamericanos, el credo neoliberal ponía el acento en la lucha contra el corporativismo y su ligazón con una burguesía burocrática conservadora que, entre otras cosas, limitó la capacidad de

negociación internacional de los países en el nuevo contexto de acelerado avance tecnológico y nueva división internacional del trabajo que se esbozó a partir de la década de 1970. *“Estas tesis ganaron fuerza internacional y crearon el ambiente ideológico de la alianza de centro-derecha que se vino a configurar durante la década de 1980 en México, Argentina, Perú, Venezuela, Bolivia y Brasil. Una importante ala de la izquierda populista o liberal se adhirió al programa de ajuste económico impuesto por el consenso de Washington en 1989, y aseguró la estabilidad monetaria y el precarísimo equilibrio macroeconómico de él derivado”* (Dos Santos, 2002).

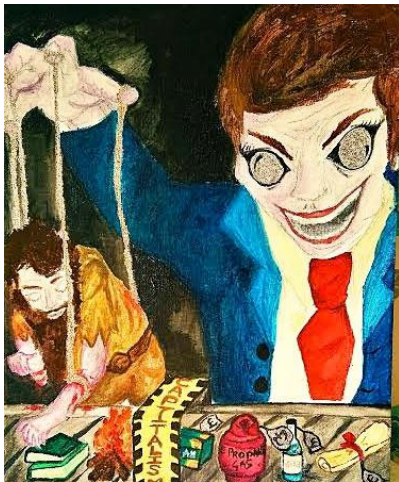
El consenso internacional y especialmente el apoyo de los Estados Unidos a estas políticas garantizaron una estabilidad democrática nunca antes vista en Latinoamérica que perdura hasta nuestros días. Vastos movimientos de capital financiero vieron en América Latina su oportunidad y brindaron por algunos años la ilusión de una estabilidad y crecimiento económicos, caracterizado por: monedas fuertes (principio quebrado en México a finales de 1994); estabilidad monetaria preservada en una coyuntura mundial deflacionaria; y estabilidad fiscal obtenida a través de la privatización de las empresas públicas y el recorte de gastos estatales, pero amenazada por el aumento de la emisión de bonos de deuda pública, pagados con intereses cada vez más altos que terminaron por generar déficits públicos aun superiores a los existentes a inicios de la década de 1990.

Si bien neoliberalismo va de la mano con un régimen político liberal-democrático, es necesario resaltar que hubo situaciones de excepción, como el caso de Perú, donde Fujimori implantó un régimen de poder concentrado (disuelto el legislativo e intervenido el judicial), excepción que fue tolerado por las nacientes democracias de la región. En Chile, la oposición regresó a la vida política y al gobierno a través de un difícil compromiso con la preservación de instituciones dictatoriales, entre ellas la senaduría vitalicia de Pinochet.

Pero surgieron ciertas resistencias al proyecto neoliberal, todos ellos ligados a la existencia de un Estado nacional fuerte y de un desarrollo económico de base nacional significativa. Los trabajadores industriales y de servicio se colocaron, sin embargo, en el centro de la resistencia. Todos estos sectores tienen un papel ínfimo en el proyecto neoliberal, y algunos de ellos se tornaron inútiles. Hubo también tentativas de rebelión en el seno de las fuerzas armadas argentinas y venezolanas, entre 1990 y 1993, aunque de signo radicalmente distinto. Hubo, además, el surgimiento de algunos nuevos movimientos insurreccionales “armados”, entre los cuales se destaca claramente el Ejército Zapatista, en México. Es importante también considerar la sobrevivencia y el fortalecimiento de las fuerzas insurreccionales en Colombia, donde la crisis del Estado se hace cada vez más aguda.

Una mirada comparativa en la Historia reciente de América Latina nos permite establecer que las transiciones democráticas de las distintas repúblicas latinoamericanas no han sido sinónimo de estabilidad. La institucionalización de las elecciones constituye un episodio mínimo y limitado a la hora de establecer un análisis estructural de la mediana o larga duración. Si bien en los períodos democráticos los enfrentamientos violentos y los procesos de represión suelen disminuir relativamente, en términos socio-históricos y en el recorte especificado, proliferan múltiples conflictividades sociales, comportamientos, actitudes, manifestaciones y expectativas disímiles y heterogéneas. En esta línea, es importante destacar que los procesos dictatoriales establecieron sólidas bases en el proceso de adecuación y preparación del escenario para la instauración de un *nuevo patrón de acumulación* que claramente se consolidó en los períodos democráticos posteriores. Basado en la liberalización de la economía, sus parámetros direccionales se establecieron a partir del Consenso de Washington. El Estado, remodela su papel, transformándose en un garante del

laissez faire; garantizando la apertura de los mercados nacionales y la libre entrada del capital externo para aprovechar los nichos temporales de mayor rentabilidad. Las democracias neoliberales, desde su génesis, constituyen un proceso histórico hartamente complejo. La democracia constituye un régimen político cimentado en una estructura histórica cuyas bases se articulan en mecanismos que oscilan entre la dominación y la hegemonía, entre la coerción y el consenso. En este sentido, el conflicto social es doblemente reivindicativo y expresivo, ya que hunde en sus demandas, por un lado la complejidad dialéctica y profunda de la lucha de clases y por otro, criterios más inmediatos tales como la reivindicación de una mayor participación ciudadana, libertad, mayor distribución de la riqueza y cambios en las políticas de Estado (Ansaldi y Giordano, 2013).



El neoliberalismo hará que el *individualismo* extremo y la *competencia* elevada se reflejen en perspectiva múltiple; por un lado reconfigurando las pautas de valores y subjetividades culturales, propulsándose la cultura del materialismo/consumismo; y, por otro, redefiniendo el papel que debería ocupar Latinoamérica en el mundo, pues se limitaría a destacarse como oferente de recursos naturales, en el marco de ampliación de la brecha entre los países industrializados y los que (desde la construcción hegemónica de antaño) aspiraban a serlo.

Rebeliones al neoliberalismo

En este contexto, resurgen nuevamente rebeliones al llegar el capitalismo neoliberal a sus límites estructurales. En los países centrales emergen, por ejemplo, los movimientos anti-globalización y diversas nuevas experiencias en América Latina, que incorporan nuevos sectores sociales y fracciones de clase, desafiando así a las teorías "obreristas" de años anteriores. Al quedar intactas las causas que generaban los procesos de liberación nacional y social, los conflictos permanecieron latentes y emergieron al comenzar la crisis del sistema neoliberal. Cada uno de estos fenómenos, reaparecen obviamente resignificados de acuerdo al tiempo y lugar en que les toca vivir. Tanto el proceso de "transformación bolivariana" de Venezuela como la rebelión y toma de poder en Bolivia por parte del MAS y las clases sociales y las etnias más postergadas y explotadas, como el levantamiento del Zapatismo Chiapaneco, las protestas y toma del poder en Ecuador, las revueltas en Oaxaca, o la revuelta en Argentina del 2001, así como el más antiguo proceso del MST en Brasil, guardan una serie de correlaciones históricas fuertes y evidentes – a pesar de sus también novedades-. Estas solo pueden ser vistas prestando atención al proceso de la totalidad dialéctica de la realidad latinoamericana en tanto periferia subdesarrollada funcional al proceso histórico de globalización. Si el proceso venezolano se presenta como el más "tradicional", por sus ejes y problemas, el zapatismo y la liberación boliviana, más el proceso ecuatoriano, en cambio introducen un elemento renovador que no estuvo mayormente presente en los anteriores procesos de los años '70. Se distingue aquí, una fuerte presencia del componente indígena que, si bien siempre existió como sector doblemente oprimido y explotado, no había podido encontrar su lugar en los procesos revolucionarios filo-socialistas de años anteriores. La rebelión ya no se

plantea como rebelión anticapitalista en la búsqueda del socialismo sino como una multiplicidad de dimensiones de búsqueda de mejoras en las condiciones de vida de los pueblos y en procesos de reconstrucción de la identidad cultural con el objetivo básico de superación del neoliberalismo.

La dominación pasa a ser entendida ya no solo como dominación política y económica, sino primordialmente en términos culturales y étnicos. La superación de esta situación implicará entonces trabajar sobre los mismos ejes. El Movimiento al Socialismo en Bolivia fue dando cabida en los últimos años a múltiples manifestaciones de diversos movimientos sociales que representaban las diversos sujetos tanto de clase y fracciones de clase, como etnias y pueblos de la multicultural Bolivia. Es así que, y según sus propios dichos, el MAS hizo emerger *"simultáneamente, a lo largo de los últimos años, los movimientos sociales cuestionando dos hechos históricos fundamentales. Primero, la historia larga, es decir, la forma como se construyó Bolivia a lo largo de su vida republicana dejando saldos tales como la discriminación, racismo y exclusión económica, política, social y cultural, por supuesto afectando a la mayoría de la población indígena; y en segundo término, a la historia corta, a la democracia representativa y al neoliberalismo ya que acentuaron los saldos anteriormente señalados"*. Es por esto que el gobierno de Evo Morales lanza su programa en el año 2006 *"Bolivia digna, soberana y productiva para vivir bien"*. El objetivo pasa a ser una refundación del Estado, del poder político y del quehacer ciudadano, para lo cual se propuso transformar las estructuras sociales, económicas, políticas, culturales y étnicas. Así es que se organiza el cambio en base a una serie de puntos fundamentales: la tierra es de quien la trabaja, ya sean campesinos o pueblos originarios; estos últimos deben tener garantizado el derecho al territorio; los recursos naturales son fundamentales para la integración regional por lo tanto su recuperación soberana es primordial;

estos recursos son la fuente de la puesta en marcha de un proceso productivo que defienda a su vez los valores culturales del pueblo boliviano; un Estado y fuerzas armadas y de seguridad bajo control del pueblo; garantizar la educación y la salud universal y promover la educación en lenguas nativas; integración latinoamericana. Estos puntos se lograran a partir de un esquema supuesto de transición político-económico basado en *"la soberanía de los pueblos y naciones originarias,...en base a un nuevo paradigma político filosófico e identidad ideológica, basada en la cosmovisión originaria del modelo comunitario. Después de 180 años de la historia republicana, por primera vez, los pueblos originarios, sectores sociales y minorías, tendrán la posibilidad de participar en una Asamblea que refleje la composición multinacional y pluricultural de toda la territorialidad."*



Es decir que el fundamental agregado de esta revolución del "Buen Vivir" radica en la incorporación y complementación de la cosmovisión indígena comunitaria al modo de conocer y concebir la realidad por parte de occidente, lo que implica también la aplicación de un renovado programa de liberación sociocultural. Se lo argumenta desde la mirada de un "socialismo originario" de base

comunitaria que permita establecer una igualdad social pero en el marco de una diferencia cultural y que pudiera aportar también un condimento indispensable para repensar el círculo vicioso necesidades-consumo a nivel individual. Quizás no esté de más agregar, que las bases fundantes del esquema capitalista nunca fueron cuestionadas, a diferencia de las décadas anteriores.



Recapitulando, en las últimas décadas constituyen para América Latina un periodo contradictorio, se identifican quiebres y rupturas marcadas (en este contexto proliferan múltiples conflictividades sociales, comportamientos, actitudes, manifestaciones y expectativas tanto disímiles como heterogéneas) como así también visibles continuidades. Las ya mencionadas dictaduras que se habían instalado a lo largo y ancho del espacio geográfico (con las únicas excepciones de México, Colombia y Venezuela) han transitado, a lo largo de la década del 80, por una suerte de transición hacia regímenes democráticos; pero la *ampliación* de este proceso no implica necesariamente el *fortalecimiento* de las instituciones estatales. Vale reafirmar entonces como el Estado pierde su autonomía y redefine su histórica función interventora, estableciendo sólidas bases en el proceso de adecuación y

preparación del escenario para la instauración de un *nuevo patrón de acumulación*, basado en la liberalización de la economía, cuyos parámetros direccionales se establecieron a partir del Consenso de Washington. Las democracias neoliberales, como se dijo, asentaron sus programas en la promoción del libre comercio, el aumento de las inversiones del capital privado, fuertes políticas de ajuste y control inflacionario sumado el compromiso por seguir estrictamente el recetario proveniente de Washington. En este sentido, el *conflicto social* es de alguna manera doblemente reivindicativo, ya que funde en los procesos de movilización, algo de las viejas demandas –pero ya sin una subjetividad que hundía sus raíces en la lucha de clase– con renovadas formas de resistencia social claramente focalizadas, como por ejemplo, la reivindicación de una mayor participación ciudadana, libertad, mayor distribución de la riqueza y cambios en las políticas de Estado y derechos para las minorías.

Al mismo tiempo, vale mencionar la significación que asumen los procesos de corrupción estructural en la mayor parte de los países del continente que va de la mano con la generalización de la globalización neoliberal-conservadora y la imagen que esta construye de las políticas no afines a su credo. Los ya mencionados individualismo extremo y la competencia despiadada, se reflejarán en perspectiva múltiple; por un lado reconfigurando las pautas de valores y subjetividades culturales, propulsándose la cultura del materialismo/consumismo; y, por otro, redefiniendo el papel que debería ocupar Latinoamérica en el mundo, pues se limitaría a destacarse como oferente de recursos naturales, en el marco de ampliación de la brecha entre los países industrializados y los que (desde la construcción hegemónica de antaño) aspiraban a serlo. En un panorama más amplio, se puede establecer que todo el tercer mundo se reconvierte una vez más (luego de los fallidos intentos de industrialización y liberación nacional de los '50 y '60) en casi nada más que oferente de espacios y

territorios rurales para la extracción de hidrocarburos, minerales, biodiversidad y alimentos bajo la clásica fórmula de la división internacional del trabajo, enunciada oficialmente como el aprovechamiento de las oportunidades en base a las ventajas comparativas (Galafassi, 2012b). Es así que se vienen definiendo toda una serie diversa de recursos estratégicos que se relacionan dialécticamente, por cuanto por un lado son aquellos que la dinámica global del capital define como recurso demandado en un momento histórico determinado y por otro como aquellos que las condiciones ecológicas regionales determinan como aptos para ser producidos o extraídos en cada lugar (Galafassi, 2012a).

El caucho, es un ejemplo histórico en la América Tropical. Más contemporáneo, la explotación de los hidrocarburos y de minerales no deja de generar conflictos socio-políticos y territoriales, donde entran en juego intereses geoestratégicos norteamericanos, capitales multinacionales de base europea y gobiernos con orientación popular-reformista². El proceso creciente de sojización de América del Sur, que arrasó con ecosistemas, agrosistemas y culturas, se ha convertido no solo en la extracción de un recurso en base a su "oportunidad" en términos de su demanda por las naciones más industrializadas (alimento de ganado y biodiesel) sino que también en la aplicación de la tecnología más concentrada y asociada a fuertes niveles de dependencia. Alienación socio-ecológica e instrumentalización de la

razón están en la base y las consecuencias de todos estos procesos.

En este marco estructural, es de importancia destacar los importantes *conflictos geopolíticos* derivados por la posesión de los yacimientos de gas y petróleo en las recientes historias de Venezuela y Bolivia³, más la llamada *Guerra del Agua*, también en Bolivia⁴, o las más recientes disputas en torno a la potencial energía hidroeléctrica de los ríos patagónicos⁵, los cuales muestran de forma elocuente lo central de esta cuestión. En el ámbito rural, el modelo de reprimarización económica y la explotación intensiva de los recursos naturales afectaría de forma irreversible la vida de las comunidades rurales. Movimientos de resistencia y oposición se consolidarían frente a la ofensiva neoliberal-conservadora.

Fundamentalmente, de base campesina e indígena. Se cita a modo de ejemplo: El establecimiento de comunidades autónomas en la selva de Lancadona (1994), el surgimiento del MTS [Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra] en Brasil (1985), el conflicto del agua en Cochabamba (2000), el movimiento campesino en Paraguay (década del 90) y/o las reivindicaciones de la CONAIE, (Confederación de las nacionalidades indígenas del Ecuador).

Es decir que un profundo malestar social se expandió por amplios sectores sociales en distintos puntos del continente. ¿Qué tipos de sujetos sociales, identidades y subjetividades se expresan en el marco del conflicto social latino-americano? ¿Cuál ha sido la capacidad e incidencia de

² Es de importancia mencionar algunos datos estadísticos. El 25% del crudo comercializado a nivel internacional es comprado por EEUU, quien solo representaba el 9% de la producción mundial de petróleo. La Unión Europea importa el 80% del petróleo que consume y Japón compra al exterior casi el 100%. Entre las tres potencias producen solo el 12% del total a nivel mundial, aunque en su consumo se va el 50% del producido a nivel mundial e importan el 62% del comercio internacional (Beinstein, 2004). Más concretamente, sigue

vigente lo dicho por uno de los presidentes de los EEUU: "...America is now more dependent on foreign oil than a time in its history. In 1973, the country imported 36 percent of its oil needs. Today, the U.S. imports 56 percent of its crude oil (...) The U.S. bill for foreign oil has more than doubled from last year..." (Bush, G.W, 2000)

³ cfr. Villegas Quiroga, 2003; Escobar de Pavón, Silvia, 2004; Lander, Edgardo, 2004.

⁴ Cfr. Kruse, Thomas, 2005.

⁵ Cfr. Orrego y Rodrigo, 2007.

los mismos en el marco político social de las últimas décadas? Los conflictos sociales, se presentan en la escena latinoamericana como procesos de propulsión de algún cambio social; irrumpen en el escenario político actores sociales que se subjetivan no necesariamente como clase, aunque sí como pueblo, ciudadanos, campesinos, comunes, activistas, etc., con formas más difusas e inorgánicas de organización; y luchando en las calles y campos por reivindicaciones sectoriales, ya no tan universales. Las protestas sociales redefinirían su forma organizativa, su forma de lucha, sus formas de movilizarse y relacionarse con el poder. Las protestas de las últimas décadas se cristalizarían como una *necesidad defensiva* de las consecuencias sociales de las políticas gubernamentales. Las movilizaciones se articulan en el marco de *sociedades desordenadas*, en la cual han emergido una miríada de sujetos sociales que canalizan el creciente descontento popular. En algunos casos y casi sin proponérselo, las numerosas protestas han roído, desgastado y deslegitimado gobiernos constitucionales transformando las relaciones entre los sectores, sujetos, políticas y orientaciones sociales y políticas, sin alterar demasiado sin embargo las relaciones entre las clases.

Retomando algunas cuestiones iniciales; la crisis de hegemonía engendró un panorama sociopolítico más diverso, con nuevos matices, tendencias y bifurcaciones, cristalizando la emergencia de activos y renovados sujetos sociales que se han levantado contra multiplicidades de problemáticas que podrían nuclearse en el término *desigualdad de derechos*. Es decir, bregarían por la restitución y redistribución del derecho ciudadano a las necesidades básicas, el acceso a la vivienda, servicios, y empleo, por el reconocimiento de identidades y minorías y el respeto por la naturaleza, por las políticas de inclusión, etc. Luego de la derrota de los procesos revolucionarios de los años setenta, se renueva la interrelación dialéctica entre los conflictos sociales y los procesos de

deslegitimación y renovación de los movimientos sociales de los años noventa hasta el presente. La revolución ya no será parte de casi ningún imaginario más. Se generan renovados matices diferenciados en las formas de lucha que se han reflejado y son a su vez el reflejo de las transformaciones de la ciudadanía, de la mutación en la concepción de la cuestión política, las pautas de valores, la acción social, y la reconfiguración de las redes de interrelación social.



La construcción del orden neoliberal ha implicado la construcción de sociedades tradicionalmente desordenadas y desmembradas, engendrando procesos de lucha un perfil más difuso e inorgánico, con menor capacidad de impacto, salvo en escasas oportunidades. Sin fuertes ni consolidadas organizaciones políticas antisistémicas, la disputa por un orden diferente se expresaría básicamente en las calles. Este canal de expresión se transformaría en un instrumento de primer orden. Los sectores sociales que no tenían voz ni representación han convertido a la movilización callejera en mecanismos de principal representación y elementos de lucha hegemónica contra las imposiciones del Estado. Todas estas protestas se vehiculizan así, mayoritariamente dentro de los canales de representatividad articulados por los aparatos estatales y de poder. A diferencia de experiencias históricas anteriores, muchas de estas no presentan una intencionalidad clara por la toma del

poder y su posterior transformación; por el contrario, se entretujan como parte funcional de un proceso que consolida y fortalece la democracia representativa vigente. Las protestas de los movimientos sociales intensifican a su vez el proceso de descomposición de los partidos políticos tradicionales (sea por el modelo de corrupción imperante o por la crisis de

las ideologías colectivas en el contexto de las premisas individualistas del entramado cultural neoliberal). La protesta se presenta como el dispositivo legítimo de resistencia, que desafía a las instituciones y políticas neoliberales, sin que esto implique, como se dijo, asimilarse a los procesos revolucionarios de los años `60 y `70.



Bibliografía

- ANDERSON, Perry: *Neoliberalismo, un balance provisorio*. En, SADER y GENTILI, **La trama del neoliberalismo, mercado, crisis y exclusión social**. Buenos Aires, CLACSO, 1997.
- ANSALDI, Waldo y GIORDANO, Verónica: **América Latina: la construcción del orden**, Tomo II: de las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración. Buenos Aires, Ariel, 2013.
- BEINSTEIN, Jorge: *Estados Unidos en el centro de la crisis mundial*. En, **Enfoques Alternativos**, n° 27, Buenos Aires, noviembre de 2004.
- DOS SANTOS, Theotonio: **La teoría de la dependencia. Balance y Perspectivas**. Madrid, Plaza Janés, 2002.
- ESCOBAR DE PAVÓN, Silvia: *Ajuste y liberalización, las causas del conflicto social*. En, **OSAL** n° 12, pp. 47-56, 2004.
- GALAFASSI, Guido: *¿Qué hay de nuevo viejo? Procesos de movilización y conflictos socio-ambientales*. **Conflicto Social**, vol. 8 (2012), pp. 8-40. Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- GALAFASSI, Guido: *Entre viejos y nuevos cercamientos. La acumulación originaria y las políticas de extracción de recursos y ocupación del territorio*. **Revista Theomai** n° 26, pp. 109-118, Buenos Aires, 2012b, <http://www.unq.edu.ar/revista-theomai>
- KRUSE, Thomas: *La guerra del agua en Cochabamba, Bolivia: terrenos complejos, convergencias nuevas*. En, Enrique de la GARZA TOLEDO (comp.), **Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina.**, Buenos Aires, CLACSO, 2005.
- LANDER, Edgardo: *Venezuela: proceso de cambio, referéndum revocatorio y amenazas territoriales*. En **OSAL**, n° 13, pp. 57-66, 2004.
- ORRÉGO, Juan Pablo y Patricio RODRIGO: **Patagonia Chilena sin represas**. Santiago de Chile, Ocho Libros Ed., 2007
- VILLEGAS QUIROGA, Carlos: *Rebelión popular y los derechos de propiedad de los hidrocarburos*. En, **OSAL** n°12, pp. 27-34, 2003.